

El la sujetó, cerca ya de la puerta, y la volvió á llevar á su habitación, más bien empujándola que dejándola andar.

En seguida se entabló una lucha innoble, en la que Solange demostró una energía que nadie hubiese podido esperar de ella.

Al fin, con los puños acardenalados y destrozados los dedos, Solange cayó á los pies de Oliverio.

—¡Piedad!— exclamó con las manos extendidas,—os lo ruego.

Hubo un instante de vacilación; pero al ver aquel rostro inundado de lágrimas, despeinado aquel hermoso cabello, un diabólico pensamiento se apoderó de él.

Se hallaba en uno de esos apasionados momentos en que el hombre se embrutece.

—¡Canalla!—dijo entonces ella.

Esta palabra hizo en él el efecto de un latigazo.

No se oía en la casa más ruido que el del reloj de pared.

En aquel momento, una mujer vestida de harapos, con el cabello encanecido ya, surcado de arrugas el rostro, que conservaba algo aún de la pasada belleza, sin edad fija que calcularle, flotando entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, llevando á la espalda un haz de leña seca, apareció por medio del camino á que da la parte interior de la casa del guarda.

Colocó el haz en el suelo, y allí, junto á su carga, se sentó con objeto de descansar un instante.

De pronto le pareció escuchar que lloraban dentro de la casa.

### III

Al decir que se descubrían rasgos de belleza en el semblante de aquella mujer, nos dirigimos á los observadores.

A primera vista, aquel ser cubierto de harapos, que sólo la lluvia lavaba, destrozados, sin forma y sin color, era la más viva representación de la miseria.

Cuando se veía sola, convencida de que nadie la observaba, sus ojos, de un gris opaco, casi muertos delante de gente, centelleaban de ingenio y de malicia desde las dos huecosas cavernas donde estaban hundidos.

Siguió escuchando, atenta al menor ruido, y, encogiéndose de hombros, se dijo:

—¡Habré oído mal! Y, no obstante, me pareció que lloraba Solange.

Sus delgados labios adquirieron una expresión de triunfo.

Acarició con los nerviosos dedos el paquete que había colocado junto á ella, y gruñó:

—¡Un motivo más para que ese malvado de Labranche no me persiga!

Vicente Labranche era el primer guarda de aquella propiedad. En realidad se llamaba Vicente Thiriot; pero en honor á la tradición, conservó el sobrenombre de Labranche, que llegó á ser verdadero apellido de familia.

La mujer sentada junto al barranco, á dos

pasos de la casa de Fargeas, era una temible cazadora furtiva; y en el haz de leña seca llevaba escondidas dos liebres á que había echado el lazo aquella misma mañana en las tierras del señor de Taunay.

Esta mujer, á causa del importante papel que ha de desempeñar en la presente historia, merece que nos ocupemos detenidamente de ella.

De su figura era inútil decir más; como no sea que era alta, delgada y desgarbada; parecía un esqueleto.

Apenas contaría cincuenta años.

Pero representaba sesenta, por más que conservaba extraordinaria energía, á despecho de tan débil apariencia.

Nadie adivinaba, al verla entonces, que comenzó por ser la más elegante de las criadas al servicio de la madre de Oliverio de Taunay.

El amor la había perdido, y la miseria se encargó de ajar y afean su rostro y deformar su cuerpo.

Su historia era bastante extraordinaria.

Veinticinco años antes, hallándose con su señora en el castillo de Chevagnes, se enamoró de un herrero que vivía en el pueblo y se llamaba Plácido Simón.

Este era gallardo mozo y muy diestro en su oficio. No sólo erraba cosas de poca monta, sino que fabricaba buenas carretas y hasta calesas.

Así es que en poco tiempo dejó de ser pobre, y llegó á reunir algún capital, con el

cual compró, al casarse, un terreno situado á trescientos metros del pueblo, con un cortijo en ruinas que hizo reedificar, y en el cual estableció, de un lado su vivienda y de otro el taller y la fragua, que llegó á ser un establecimiento tan acreditado como favorecido.

Hubiera podido vivir dichoso en unión de la mujercita á quien tanto amaba, justo es decirlo, con un verdadero y apasionado amor.

Pero, ¡siempre hay un pero fatal en la vida! el terreno aquel bien cultivado y que ocupaba dos fanegas de tierra, lindaba con el bosque de Chevagnes.

Esta vecindad, que parecía sin importancia, fué la perdición del herrero.

Llevaría allí poco tiempo, cuando en más de una ocasión, al levantarse á la salida del sol ó al dar una vuelta á su propiedad mientras el sol se ponía, vió diez ó más liebres, que, sorprendidas por aquel transeunte nocturno ó matinal, ganaban á todo correr el bosque que las protegía.

Simón, al principio, se contentó con el simulacro de asustarlas, extendiendo los brazos ó un simple junquillo que usaba siempre en sus paseos; pero en seguida pensó que estaba en su casa, en su terreno, y que provisto de escopeta, en vez de bastón, hubiérase procurado un buen guisado de liebre, ó unos cuantos conejos que, para hacerlos suyos, no tenía otro trabajo que el de agacharse y cojerlos.

Durante algún tiempo, se defendió de tamaña tentación; pero un día, en el mes de

julio, al abrir la ventana, á eso de las tres de la madrugada, para que se refrescara un poco la habitación, vió dos liebres, asustadas por el ruido que él hiciera; y entonces su deseo no reconoció límite, y procurándose una escopeta, se prometió aprovecharla en la primera ocasión.

Y aquella misma noche, á la claridad de la luna, el primer disparo resonó en aquel recinto, donde hasta entonces no se escuchó más ruido que el del martillo dando en el yunque; y Simón, radiante de alegría, entró en su casa, llevando cogida de las orejas una imprudente liebre que, enfurecida, meneaba las patas.

El animal, que por cierto era una soberbia pieza, fué la primera señal de la irrupción.

Desde aquel día, Simón descuidó su fragua. Los clientes rara vez le encontraban en ella; y si por acaso estaba, después de las noches pasadas en el bosque, oculto en alguna encrucijada de aquel país, tan apropiado para el desarrollo de la furiosa pasión que se apoderaba de él; después, repetimos, de todas estas fatigas, claro está, no pensaba sino en dormir, y rehusaba el trabajo con que le brindaban; así es que los parroquianos concluyeron por abandonar aquel establecimiento ó ir á otro.

Poco á poco la pereza dió al traste con el bienestar de aquel matrimonio que, no obstante, siguió muy unido, y en el cual caso raro! la penuria no engendró las consiguientes querellas.

Y el herrero fué para los guardas, los colonos y todo Morvan, á seis leguas á la redonda, no Plácido Simón, sino Simón el furtivo, Simón el astuto, Simón el nocturno.

Los esposos adelgazarón, en vejecieron por momentos; y, al igual de sus ropas, convertidas en harapos, ellos caminaban también á la más espantosa miseria!

La casa se derrumbaba, el techo era una criba; la fragua quedó, como Pompeya, envuelta en nubes de ceniza y de polvo. ¡Todo eran ruinas!

La Simona, tan coqueta cuando era sirvienta, y se llamaba Juliana, se trocó, ¡ella también! en *Ave de rapaña* y otros insultantes apodos, á causa de la situación de su marido, y llegó á ser tan temida como éste.

Llegó á adquirir una habilidad prodigiosa en tender lazos.

El matrimonio, vigilado no solamente por los guardas de Chevagnes, sino por los de los castillos cercanos, puesto que ejercían en todas partes su industria, fueron condenados veinte veces por los jueces de Chateau-Chinon.

Nada los detenía; pero nada detenía tampoco la creciente miseria que pesaba sobre ellos.

Destruyeron multitud de liebres; pero no bastaba matarlas; era indispensable venderlas.

Los compradores las obtenían por una friolera.

Los Simones se hallaban en la misma si-

tuación de los bandidos que ceden el botín á sus encubridores por un pedazo de pan.

Más á pesar de todo, del sufrimiento, el cansancio y el fastidio, la pasión de cazar en vedado se desarrollaba con la misma fuerza en el ánimo de la Simona que en el de su hombre.

Por lo demás, era una mujer indomable.

Más es forzoso decir, en honor á la justicia, que si esta pareja era terrible para las liebres, resultaba en cambio, muy dulce para con el mundo; Simón, sobre todo, era de una mansedumbre ejemplar. Procuraba, claro está que no lo cogieran *infraganti*; pero cuando por casualidad caía en el garlito, huía de aparentar hasta el menor asomo de rebeldía.

Complaciente, atento y hasta sumiso parecía incapaz del más mínimo conato de violencia.

Con todo, los Simones habían reconcentrado enorme provisión de enojo y de odio.

Arrojados, perseguidos como bestias feroces por las gentes de Chevagnes, hubieran despojado á estas, si la extensión del dominio no hiciera irrealizable sus exterminadores deseos. Detestaban al jefe de los guardas, Vicente Labranche, y también á los Taunay; pero más que al marqués y á su fiuto, á Labranche.

La *Bigornia* hubiera dado diez años de vida por colgar á este último de uno de los árboles del bosque, y presenciar regocijada sus últimas convulsiones.

Solo una persona, un hombre, le inspiraba

simpatía, á pesar de pertenecer al personal del castillo, donde todos eran enemigos suyos.

Ese hombre era Fargeas.

El padre de Solange no era menos celoso en el desempeño de sus funciones que los demás sevidores, pero guiado por la consideración, hacía la vista gorda.

La *Bigornia* podía, pues, pasar osadamente con el haz á la espalda cerca de él. Porque él, temeroso de hallar *contrabando*, no lo registraba.

Y pensaba que un poco de leña verde y una ó dos liebres no suponían nada en las tierras que él guardaba.

La Simona no ignoraba estos rasgos de bondad, y le consagraba, en el fondo de su alma, tanto reconocimiento como odio sentía por Labranche y los del castillo.

Estimaba también á Solange y á su madre; cenoció á ésta cuando ella se hallaba al servicio de los Taunay, en ocasión del matrimonio de una y otra.

Y pasaba horas enteras en *Gue-aux-Biches* hablando del pasado y recordando la época en que mecía en su cunita á Solange, recién nacida.

Y más de una vez sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡La que era hoy *ave de rapiña*, lloraba por la que fué, en aquella época de juventud y felicidad, *la hermosa Juliana!*

Después de oír aquel lamento, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

Y así pasó un cuarto de hora.

Entonces se deslizó á lo largo de la tapia y oyó la voz de un hombre, mas no consiguió enterarse de lo que éste decía.

Pocos momentos después la puerta de la casa se abrió del lado opuesto al camino, y por ella salió un hombre.

La *Bigornia* se escondió en el foso.

—¡Oh! ¡oh!—pensó—¡un galán! ¿Será Román Tremor?

Sus pasos no eran los de un campesino.

Además, Román Tremor vivía en el pueblo, y para regresar no hubiera tomado el camino que aquel hombre emprendía, sino otro diametralmente opuesto.

Y aquel otro hombre iba en dirección al castillo.

La *Bigornia* se deslizó con precaución hacia la casa, y, oculta tras unas matas, conoció enseguida el sombrero y el chaquetón del conde Oliverio.

Este se detuvo, encendió un cigarro y volvió á tomar el camino, triunfante como un conquistador y alegre como unas pascuas.

La Simona lanzó un juramento.

—¡Santo Dios!—exclamó—debí haberme lo figurado. Sus frecuentes paseos á Gué-aux-Biches, sus conversaciones en el bosque con la muchacha no eran más que para perderla.

Se rascó la oreja, apretó los labios, dirigió una mirada al haz, dentro del cual dormían las liebres, é indecisa, adelantó unos pasos para cerciorarse de que nadie la observaba.

Pero variando de parecer, lo colocó en el barranco, y llamó á la ventana.

Al principio nadie contestó:

Llamó de nuevo y gritó:

—¡Señora Fargeas!

La voz de la *Bigornia* era enteramente varonil y ronca; esto último no es de extrañar, toda vez que la infeliz pasaba las noches á la intemperie y acostándose junto al primer matorral que hallaba al paso.

Solange la conocía mucho. La *Bigornia* no iba nunca á Gué-aux-Biches sin detenerse en casa del guarda, casa hospitalaria por excelencia para ella y para todo el mundo.

Al cabo de un instante se abrió la ventana.

—¿Sois vos, Simona?—dijo la joven.

—Sí, soy yo—contestó la mendiga, mirándola fijamente con aquellos ojos claros, que brillaban como los de un basilisco.

—¿Qué se os ofrece?

—¿No está ahí tu madre?

Para la *Bigornia*, la hija de Fargeas era siempre la niña que vió nacer.

—No.

—¿Dónde está?

—En Chevagnes: ha ido á casa de los Tremor.

—¡Buenos amigos vuestros!

—Como de todo el mundo—añadió Solange, queriendo aturdirse con sus propias palabras.

—Y muy buena gente; rica, considerada...

—repuso la *Bigornia*.—¿Qué ha ido á hacer tu madre en casa de los Tremor?

—Fué en busca de provisiones.

—Bueno. ¿Y tu padre, tampoco está ahí?

—No.

—Es verdad. Lo distinguí desde el valle Riaut, con ese Labranche, que parecía quererlo alejar de estos lugares... ¡No sé dónde ni cómo tengo la cabeza! Estoy perdiendo por completo la memoria. ¿De suerte que estabas sola poco há?...

Solange se ruborizó.

—¡Sola!—contestó titubeando—ya lo creo.

—Es raro. Dejé mi carga en tierra y me senté para tomar aliento.

—Y...—preguntó la jóven.

—Nada, que me pareció haber oído hablar en la casa.

—¡Ah! ¿Creísteis?

—¡Una idea! Hasta se me figuró oírte llorar en el momento mismo en que yo salía del bosque. Y ahora que ya he descansado, voy á continuar mi camino. Pero me siento débil.

—¿Quereis un vaso de vino?—preguntó Solange.

—¿Vino? Eso nunca se rehusa. Pero no quiero sino una gota.

—Entrad, Simona.

La mendiga no deseaba otra cosa; y no se hizo de rogar. Entró más pronto de lo que Solange pensara. La pobre muchacha, en su aturdimiento, olvidó cerrar la puerta.

En la lucha que sostuvo con el conde, cayósele á este, cerca de la misma puerta, un tarjetero que tenía grabada una corona.

La *Bigornia*, agachándose precipitadamen-

te, lo recogió y se puso á observarlo fingiendo curiosidad.

—¿Qué es esto?—preguntó, acercándose mucho á los ojos.—¡Qué bien huele esta piel! ¡Y tiene una corona! ¡Veó que recibes visitas que valen la pena, niña mía, mientras tu madre está ausente. Ya no me extraña ver siempre al conde por estos alrededores. Tus hermosos ojos lo atraen. Está bien. Pero será preciso ocultar tus aventuras. ¡Si Fargeas las supiera, no las aprobaría, de hijo, y fuera muy sensible causarle semejante pena. ¡Un hombre tan honrado como él! ¡Tan distinto de ese ladrón de Labranche, que está de centinela mientras su amo engaña á las muchachas!

Lágrimas de despecho arrasaron los ojos de Solange.

—Comprendo que sabeis más de lo que parece—repuso la muchacha.—Lo he comprendido en seguida por vuestra actitud. No sois de esas á quienes se engaña fácilmente, Simona. Tomad, bebed, y no os priveis de nada. De sobra sabeis que mientras haya un pedazo de pan en Gué-aux-Biches, es para partirlo con vos. Así lo desean mis padres. ¡No tienen nada suyo!

Y Solange colocó sobre la mesa una succulenta merienda que la pobre mujer devoró con deleite.

—Esto es exquisito—dijo, saboreándolo.—Da la vida. Me siento revivir.

Y poniéndose de codos sobre la mesa, y mirando fijamente á la muchacha, añadió:

—No te equivocas; efectivamente, estoy más enterada de lo que parece. Y he visto salir á ese hombre, que se alejó tarareando alegre canción. ¡Desgraciada niña!

—¡Oh, sí, muy desgraciada!—dijo Solange rompiendo á llorar. ¡Ay, Simona, si supierais!...

—Vino, te trastornó con sus promesas; lo comprendo todo. ¡Pero no te había ya ofrecido darte cuanto quisieras, una noche en que os paseábais á la caída de la tarde, allá en la encrucijada de Buttes?

—¿Estábais allí?

—Yo no; Simón. ¿Qué te decía el conde?

—Que me llevaría á París, que no me faltarían casa, joyas, trajes. En fin, palabras.

—Puede lo que quiere. ¡Es tan rico!

—No es su fortuna lo que deseo, sino permanecer en este pueblo y pasar una vida tranquila cerca de mis padres... y...

—¿Y de Román Tremor?

—Sí.

—Puesto que tanto te quiere, cástate con él.

—¡Ay, Simona!

Solange prorrumpió en sollozos.

—Sí, comprendo, has sido débil... Es el amo...

—Estais equivocada,—dijo Solange con viveza.

Entonces refirió á Simona todo lo ocurrido. La prueba estaba allí.

No había más que ver su descompuesto semblante para comprender el dolor y la vergüenza que se habían apoderado de ella.

—¡Estoy perdida—exclamó—perdida completamente!

Simona trató de consolarla como mejor pudo.

Poco después distinguieron á la señora Fargeas, que venía camino del estanque.

La *Bigornia* se llevó un dedo á los labios, imponiendo silencio.

—¿Qué hacer?—dijo Solange, desesperada.

—Callar y esperar. ¿Qué sacarías ahora con hablar? Los Taunay son poderosos, y tú saldrías perdiendo; nadie te creería... Ven á ayudarme á cargar el haz, y oculta tus lágrimas.

Guardóse el tarjetero del conde en el bolsillo, y salió, seguida de Solange, en el momento mismo en que entraba la señora Fargeas.

—Me moría de debilidad—dijo,—y este ángel de Dios, al darme un vaso de vino, me ha dado la vida, querida señora mía.

—Ya sabeis, Simona, que podeis disponer de lo poco que tenemos—contestó la mujer del guarda, sin fijarse demasiado en la mendiga.

Una vez en el camino, la *Bigornia* recogió del barranco su haz, y sin necesidad de que Solange la ayudara cargó con él y continuó andando, acompañada de la afligida joven.

Quando se vió lejos de la casa del guarda, examinó la cartera.

No contenía sino tarjetas, con el siguiente

nombre, precedido de un escudo de armas:

CONDE OLIVERIO DE TAUNAY

Avenida Matignon.

—Lávate los ojos con agua fresca, hija mía, que no se te conozcan las lágrimas—dijo,—y regresa despacito á tu casa. Yo volveré y hablaremos. Adiós, monina.

De *Gue-aux-Biches* á la fragua de Simón, hay, lo menos, tres cuartos de legua.

—¡Me sorprende—pensó la *Bigornia* al entrar en su casucha—que Simón no esté ya de vuelta!

Y en seguida ocupóse en encender algunas ramas secas para calentar el escaso almuerzo.

Poco después, como oyera que alguien venía corriendo por detrás de la casa, se asomó á la ventana que da al bosque.

Era Simón, que llegaba azorado, con aire feroz, sin sombrero ni escopeta y con un corzo sobre los hombros.

Escaló la ventana; de un salto se puso en la cocina: escondió el animal bajo un montón de leña, despojóse de la chaqueta que llevaba porque tenía manchas de sangre, y á toda prisa se puso otra completamente limpia.

Y sentándose en un taburete, frente al fuego cerca de la mesa, donde la Simona acababa de colocar dos arenques ahumados, pan moreno y un cántaro de agua, adoptó la tranquila actitud del más pacífico é inocente campesino, que se dispone á almorzar.

Momentos después llamaron fuertemente á la puerta.

#### IV

La *Bigornia* comprendió en seguida lo que pasaba.

Con la mirada, con el gesto, Simón se lo había revelado todo.

Con la punta del dedo tocó á su marido en la espalda, y luego, mirando en torno del cuarto, se dirigió lentamente hacia la puerta.

Y en tanto, con el harapo que le servía de pañuelo, limpió una mancha de sangre que había caído sobre el arca de la cocina.

—¡Abrid la puerta, voto á mil diablos!—gritó desde fuera una voz ruda.

Ella obedeció gruñendo.

—¡Paz, paz!

En tanto, el antiguo herrero, con un cuchillo en una mano, y el pan en la otra, miraba irónicamente á los recién llegados.

Labranche se presentó sudoroso, sofocado, rojo de ira.

—Os felicito—dijo—maese Simón; sois ligero como un ciervo.

—Hubiera desafiado á los guardas del cantón en la carrera con esperanza de ganar, pero seguro de perder si vos hubieseis sido de la partida.

Sentáos—continuo el cazador furtivo.—Hay un taburete para vos,

—Efectivamente,—dijo la mujer—porque los alguaciles no quieren molestarlos por nos-



otros. Por fortuna, Simón y yo nos casamos previéndolo todo. Así es que conservamos la cabaña; de otra suerte ya nos hubierais puesto de patitas en medio del campo, ¿no es verdad?

—No se trata de nada de eso—repuso el guarda.—Hace un instante me hallaba yo en la *Chesnaie*, y de pronto oí un disparo. Ribout, que estaba conmigo lo oyó también.

—¿Ribout?—dijo el cazador furtivo.—¿Dónde está? ¿Lo habeis perdido en el camino, maese Labranche?

—Ese es asunto mio. Al momento de disparar, el cazador emprendió la fuga.

—¿Se puso en salvo el infeliz?—interrumpió la *Bigornia*?

—A todo correr, y con una liebre á la espalda. Le ví perfectamente y le conocí.

—¿Le conocisteis?—preguntó Simón, sin perder detalle.—¿Luego os hallábais cerca de él?

—No muy lejos.

—Vamos, que solo os faltó echarle la mano encima. ¿De qué lado venía?

—Dentro de un instante os lo dirán.

—De seguro que no sería de Chevagnes.

—¿Quién sabe!

—¡Son tan buenas gentes las de este lugar!—dijo Simón muy dulcemente.—No seréis capaz, maese Labranche, de causarles tan gran perjuicio, solo por una bestia que se come todo el sembrado.

El guarda, al hablar, miraba intrigado en torno de la casa.

El rincón donde estaba escondido todo lo que el otro trajera, y el haz de la *Bigornia*, le ocupaba más que nada, y no podía apartar de allí los ojos.

Ella lo notó, y con mucha naturalidad sentóse encima, procurando arreglar la falda de manera de ocultarlo debajo.

Fué una operación poco afortunada.

El haz, casi desliado, rodó por el suelo.

Labranche se abalanzó á él, y sacando una liebre por la oreja—preguntó:

—¿Qué significa este animal?

—Esto,—dijo tranquilamente la *Bigornia*;—es un mal bicho, que nos estropeaba el jardín. No hay ningún mal en ello; se que no es crimen destruirlas bestias que tanto perjudican.

—Es bonito, este jardín—dijo el guarda—señalando el inculto terreno donde los árboles parecían esqueletos.

—¿Qué quereis, Labranche?—repuso ella.—No se puede sembrar nada por causa de las dichosas liebres.

En este momento apareció otro guarda.

Simón no se inmutó.

Pero la *Bigornia*, furiosa, exhaló un grito.

—¡Santo Dios!—dijo—esos ladrones han descubierto su escopeta. ¡Estamos perdidos.

Y ántes que el recién llegado tuviera tiempo de oponerse, ella se precipitó y arrancó, de manos del guarda, la escopeta de su marido, cogiéndola por el cañón, sin fijarse en el riesgo que corría.

—¡Con lo que ganamos nuestra vida!—exclamó—rugiendo como una leona.

—Es una desgracia—dijo el marido,—lanzando una feroz mirada á Labranche.

—Ya tenemos al cazador—repuso el guarda—ahora falta la caza.

—La *Bigornia*, temblorosa, feroz, se había parapetado, con la escopeta al hombro, entre los guardas y el monton de leña, dispuesta á defenderse á toda costa.

Y sacando la otra liebre del haz, la arrojó á diez pasos de ella y á los piés de Labranche.

—Estoy en mi casa—exclamó.—No teneis derecho á estas pesquisas. Confesad, maese Labranche, que nos teneis mala voluntad y no perdonais medio de buscarnos querrela. Estais cogido. Si tocáis á la liebre, disparo.

Y amartilló la escopeta.

Daba horror verla. Sus ojos echaban chispas.

Simón la apaciguó, haciéndole seña de que se calmara.

—Déjalo—indicó él con duizura.—Retira la escopeta. Ese hombre es un amigo. Después de todo, ellos cumplen con su deber. No hay más que hablar.

Labranche sostenía la liebre sin ocuparse para nada de la *Bigornia*. No era bueno, pero sí valiente.

—¡Y dos nada menos!—exclamó el guarda.—¿Será la mujer quien las haya robado?

—No; he sido yo—contestó resueltamente Simón,—y lo he hecho la noche pasada en

mi recinto. Es preciso defenderse; ya podreis calcular... De otra suerte, nos devorarían vivos.

La *Bigornia* obedeció á su marido. Apretaba la escopeta, no sin haberlo desarmado, entre sus brazos, cual si temiera que los guardas volvieran á apoderarse de ella.

Pero los guardas no pensaban en semejante cosa.

Se ocupaban en registrar los haces y troncos colocados en el rincón.

—No digas nada—dijo Simón en voz muy baja á su mujer.—Estoy cogido. ¡Ahí está el cuerpo del delito!

En efecto, allí estaba.

Labranche descubrió otra pieza y la tiró por los aires.

—¡Una hembra!—exclamó—¡Qué destrucción! Tres de un golpe. Esto debe pagarse caro. La justicia se encargará de ello.

—Sea.

—Habrá cárcel para algún tiempo.

—Vamos á ver, Labranche—repuso la *Bigornia*:—el bosque es inmenso... Si no os cogieran algunas liebres, estas acabarían por comeros. Fijaos en mi hombre. No tiene vida ni para dos días. ¡Solo le quedan huesos y pellejo! ¡Está enfermo!

—¡Enfermo y corre como un ciervo!

—¡Caramba, cuando se tiene miedo!... ¿Queréis, pues, acabar con él?

—No quiero nada. Cumpló con mi deber y de lo demás no me ocupo.

—¡Si va á la cárcel, en ella se quedará!

3 055 9

—Menos trabajo para nosotros. Corriendo tras él nos exponemos á pescar una pleuresía, por lo menos.

—¡Vamos, Labranche! Un impulso generoso!

El guarda se encogió de hombros.

—Os dejo los animales. Preparaos. El proceso saldrá dentro de un cuarto de hora para Chateau-Chinon.

—No teneis piedad de los pobres, Vicente? pensadlo bien; quizá os llegue á pesar.

—Cállate—seguía diciendo Simón con la mayor mansedumbre—es sabido que los ricos están siempre por encima de los pobres. Ellos tienen su bienestar y hacen perfectamente en quererlo conservar. Si nosotros estuviéramos en su caso haríamos otro tanto.

—¡Loado sea Dios!—dijo Ribout,—esta es una persona razonable.

—Buenas noches—repuso Labranche.—Dentro de poco sabreis á qué ateneros; y presumo que maese Simón vá á pasar el verano á la sombra.

—¿Y yo? ¿Qué será de mí?—dijo la *Bigornia*.—¡Me moriré de hambre!

—Echareis vuestros lazos—dijo el guarda dando un puntapié á la liebre que había quedado en el suelo. Eso aprovecha. Pero procurad no ser vista; pues tan cierto como me llamo Vicente; ¡diantre! os aseguro que lo habeis de pasar mal. Hasta la vista.

Y salió seguido de su acólito.

Cuando ya estaban fuera del patio, preguntó la mujer:

—¿Y tu perro?

—¡Toma! es verdad—dijo Simón levantándose súbitamente.—¡Me había olvidado de él, pobre amigo!

Corrió hácia la ventana, é introduciendo los dedos en la boca, lanzó uno de esos estridentes silbidos que se oyen á gran distancia.

Prestó atención. Nada se oía.

—¡Es raro!—exclamó.

Entonces llamó:

—¡Ravaud!

—Nunca se separa de tí.

—Es verdad.

—¡Si le habrán hecho algo!

—No lo creo.

—Labranche es capaz de todo.

—¡Qué desgracia!—exclamó Simón.—Un perro tan hermoso y tan noble!

Sin acabar el miserable almuerzo, armóse de un bastón de hierro y se dispuso á salir.

—¿Adónde vas?—preguntó la *Bigornia*.

—Á buscarlo. Aunque haya de registrar todo el bosque, he de dar con él. ¡Si lo han matado, habrán cometido una verdadera maldad! ¡Que me lleven á la cárcel, si quieren, pero mi pobre Ravaud!

—¡Vé, amigo mío—dijo la mujer con tristeza;—pero auguro una desgracia!

Y lo vió desaparecer por el bosque, silbando á más y mejor.

Decididamente estaban en desgracia; pero al meter la mano en el bolsillo tocó el tarjetero de Oliverio.